

ANÁLISIS HISTÓRICO, POLÍTICO Y SOCIAL EN TORNO A LA SENTENCIA DE FICHTE: “SÓLO LA EDUCACIÓN PUEDE SALVAR A LA NACIÓN”

Historical, political and social analysis of Fichte's sentence: “Only education can save the nation”

*Andrés Felipe Hurtado Blandón**

Solamente la educación, y ningún otro medio, puede salvar la independencia alemana.

J. G. Fichte

Resumen

La tesis fundamental de los Discursos a la nación alemana (1807-1808) de Fichte reza del modo siguiente: sola la educación puede salvar a la nación. Este texto se propone indagar sobre las razones históricas, políticas, sociales e ideológicas más importantes que pudieron llevar al reconocido filósofo alemán a formular tan inquietante afirmación. Abarca, grosso modo, desde la época de la Reforma protestante hasta la disolución del Sacro Imperio Romano Germánico (llegada de Napoleón). Tal análisis permitirá, además, comprender cuál fue el contexto social general que dio lugar al surgimiento de movimientos tan reconocidos como la Ilustración (Aufklärung), el Clasicismo, el Romanticismo y el Idealismo alemanes, para los cuales -caso de Fichte-, tuvo la educación y la formación de los individuos un papel fundamental que cumplir en y para la sociedad.

Palabras clave:

Desunión; Alemania; Patriotismo; Educación; Estado.

Forma de citar este artículo en APA:

Hurtado Blandón, A. F. (2013). Análisis histórico, político y social en torno a la sentencia de Fichte: “Sólo la educación puede salvar la Nación”. *Revista Perseitas*, 1 (1), pp. 40-66

* Licenciado en Filosofía de la Universidad de Antioquia. Profesor del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Medellín – Colombia.

Correo electrónico: felipe77a@hotmail.com

Abstract

The fundamental thesis of Fichte’s Addresses to the German Nation (1807-1808) reads as follows: only education can save the nation. This article investigates the most important historical, political, social and ideological reasons, which might bring this famous German philosopher to make such statement. The text covers, roughly, from the time of the Reformation until the Holy Roman Germanic Empire’s dissolution (arrival of Napoleon). The analysis also involves the general social context, which gave way to movements as recognized as the Enlightenment (Aufklärung), German Classicism, Romanticism and Idealism, for whom—such as Fichte’s case—education played a key role in and for society.

Keywords:

Disunity; Germany; Patriotism; Education; State.

Introducción

Discursos a la nación alemana (1807-1808) de Fichte han sido objeto de diferentes valoraciones: políticas, filosóficas, pedagógicas, culturales, etc. Sobre ellos, al igual que sobre la mayoría de las obras del autor, se han escuchado las interpretaciones más dispares. Y no sólo por la dificultad que ha representado la lectura y comprensión de sus obras, debido a su gran rigurosidad y sistematicidad, sino, también, porque el pensador alemán –para muchos sólo consecuencia de su maduración intelectual–, no conservó una misma posición respecto a los numerosos temas de los que se ocupó¹.

A Fichte se le reprocha haber pasado de ser un jacobino cosmopolita defensor del igualitarismo, a ser un nacionalista apologeta de un Estado con políticas organicistas y totalitarias; de ser un filósofo de la moral y teórico del derecho natural, a ser no más que un empecinado filósofo de lo absoluto. Y qué decir de su posterior conversión al catolicismo, hecho que, igual que a su contemporáneo Friedrich Schlegel, le suscitó las más numerosas críticas y burlas por parte de los círculos intelectuales de la época. La caracterización que hace de él Popper en *La sociedad abierta* y sus enemigos ni siquiera debiera ser mencionada, nada más alejado de la realidad.

Sus propios Discursos no han corrido con mejor suerte. Baste mencionar que tuvo que pasar por la más férrea censura por parte del gobierno invasor francés; por décadas de olvido; por texto oficial para la motivación de los soldados a la guerra durante el gobierno alemán de 1915²; y en relación con esto último, por ser considerado verdadera fuente ideológica e inspiradora del nacionalsocialismo alemán³.

¹ O pasa también, como en el caso de los demás idealistas y de los románticos alemanes, que redujeron su pensamiento a sólo algunas de sus obras. Caso particular, el de Hegel, quien pareciera desconocer las diferentes versiones que tuvo la *Doctrina de la Ciencia* (se cuenta entre 14 y 20) al considerar sólo –o al menos así hace pensar al lector luego de escuchar las críticas que le hace y escasas referencias o citas que extrae del autor— las primeras versiones de 1794 y 1796. Dichas reducciones han estigmatizado por muchísimo tiempo el pensamiento y nombre del autor.

² “En 1915, siguiendo la orden del gobierno imperial, el Alto Estado Mayor alemán hizo imprimir cientos de miles de ejemplares de los Discursos a la nación alemana para que cada soldado que partía al frente pudiera llevar uno en su macuto (cf. X. Leon, *Fichte et son temps*, Armand Colin, París, 1922-1927)”. Citado por Babilbar, E. (1990). Ver referencia completa al final.

³ Para las diversas interpretaciones que se le dieron a los *Discursos*, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX, véase Lorente (2001).

Sin el interés de entrar directamente en estas discusiones, puesto que para tal asunto, de acuerdo con Llorente (2001), sería necesario un examen minucioso y objetivo sobre la coherencia interna entre los propósitos, contenidos, presupuestos y formas de los Discursos –asunto del que pecan muchas de las interpretaciones–, lo que aquí se busca, más bien, es indagar acerca de las razones políticas, sociales, históricas y demás existentes, que dieron lugar al surgimiento de dichos Discursos públicos en la época específica en la que fueron pronunciados. En particular, lo que interesa saber es, como lo sugiere el título de este artículo, por qué razón(es) el reconocido y polémico filósofo idealista alemán llegó a proponer la educación, en los momentos en los que la mayoría de las esperanzas de una verdadera transformación política y social de su país estaban casi disueltas, como el único medio a través del cual podría salvarse realmente la independencia de la nación alemana.

Así, a fin de dar estructura y coherencia a la reflexión e intento de explicación sobre los móviles o fundamentos de la tesis fichteana (Sólo la educación puede salvar a la nación), los puntos para tratar serán los siguientes: en primer lugar, se hará una breve exposición sobre los factores históricos o acontecimientos más relevantes que estuvieron en la base o determinaron el statu quo de la Alemania de aquella época. En segundo lugar, se expondrán los propósitos mismos de los Discursos a partir de las consideraciones que tenía Fichte sobre la situación política, social y cultural de su país. En tercer lugar, tratará de explicarse el concepto de germanidad (Deutschheit) matizado por Fichte para dar solución al problema de identidad del pueblo alemán. En cuarto lugar, se hará una sintética caracterización de "la nueva educación nacional alemana" propuesta por Fichte; pero, más que hacer alusión a la indudable (pero no acrítica) influencia pestalozziana, se tendrán en cuenta aquellos aspectos fundamentales que están relacionados de manera directa con la educación del individuo en una mentalidad patriótica, que constituye el fin. En quinto lugar, valdrá hacer mención de los medios que el filósofo alemán propone para la realización de su proyecto, con el propósito de poner de relieve su viabilidad y no dejarlo expuesto como una simple propuesta sumatoria que no tiene en cuenta las condiciones materiales y prácticas para su realización o, de otro modo, como un mero proyecto romántico como han llegado a interpretarlo y mostrarlo algunos (Véase, por ejemplo, López 2008). Y, por último, se presentarán algunas conclusiones.

Situación política y social de Alemania

Antecedentes históricos

La historia de Alemania es la historia de un pueblo y un territorio ultrajado. Ubicada en el centro de Europa, fue escenario de constantes guerras y de toda clase de vejaciones. Desde un principio, hizo parte del dominio del Sacro Imperio Romano Germánico (962 d.C.); la hostilidad que éste mantenía con las demás potencias europeas (Francia, Inglaterra, Rusia) y su preocupante desestabilidad política interna, lo llevó paulatinamente a su completo deceso en 1806 por manos del ejército de Napoleón.

El Sacro Imperio Romano Germánico no se caracterizó por una unidad política y territorial sólida. Al contrario, consistía en una “multitud de mezquinos despotismos que competían entre sí. El imperio ‘estaba constituido por Austria y Prusia, los príncipes electores, 94 príncipes eclesiásticos y seculares, 103 barones, 40 prelados y 51 ciudades imperiales; en suma, lo integraban casi 300 territorios” (Marcuse, 1980, p. 18). La falta de una unidad religiosa hizo también parte de sus grandes problemas si se tiene en cuenta el papel legitimador que cumplía la Iglesia (católica y protestante (luterana, calvinista, bautizante)) en aquella época respecto a las (desiguales) estructuras sociales y las (opresoras) formas de gobierno. La relación religión-política-territorio fue sin duda la más determinante en todo momento y la causante de las numerosas y sangrientas guerras que se desarrollaron en su territorio y el resto de Europa⁴.

Si bien la progresiva desunión imperial se experimentaba por doquier desde hacía ya mucho tiempo, ésta sólo llegó a tener su máxima expresión en lo que es llamado por los historiadores como el Dualismo alemán (1740). Se trata de una época en la que Austria (capital del Sacro Imperio) y Brandeburgo-Prusia (segundo Estado más grande y poderoso de Alemania), conscientes de la avanzada desunión imperial (que los ponía a ellos mismos en una posición de debilidad respecto de las fuerzas e intereses extranjeros) y al mismo tiempo decepcionados, como el resto de las potencias europeas, por la constante violación a los acuerdos firmados por todos en el Tratado de Westfalia (1648),

⁴ Piénsese para el caso particular de Alemania el gran número de guerras surgidas a partir de la Reforma protestante (siglo XVI).

decidieron tomar la iniciativa de convertirse, cada uno por su lado, en los precursores idóneos de una verdadera y definitiva unidad alemana.

Austria, que siempre había tenido mejores relaciones con el emperador y la Iglesia debido a su filiación católica, proponía la unificación alemana por vía de la reivindicación del poder y dominio del Sacro Imperio en todo el territorio alemán. Prusia, por su parte, que era de filiación protestante y normal opositora de aquéllas dos (Austria y la Iglesia), lo hacía por la vía del derrumbamiento de los antiguos poderes y la seguida conformación de un nuevo gobierno, en el que, claro está, ella misma aspiraba presidir. El reto frente a tales aspiraciones de poder radicaba para ambos estados en convencer (o añadirse por fuerza, en el peor pero más recurrido de los casos) el mayor número de fuerzas locales (reinos, principados, ducados, ciudades libres imperiales, etc.) y extranje- ras, que les permitiera cumplir con tal cometido y, antes que nada, prepararse para las inminentes guerras⁵ que estaban por venir, debido al choque mismo de los intereses entre las dos potencias germanas.

El ideal de unificación alemana fue promovido y acogido desde diversas formas⁶. Tuvo su esplendor en los reinados de Federico II (Federico "El Grande"), rey de Prusia, y María Teresa de Habsburgo, reina de Austria. En suma, se trataba de un ideal de unificación política y territorial; pero pronto permeó también los aspectos religioso, económico, cultural e intelectual. Con Federico II (de quien hablarían con admiración los intelectuales más grandes de Alemania; entre ellos, Kant, Goethe, Schiller, Fichte y Hegel), inspirado profundamente por la Ilustración francesa, y José II (heredero del trono de María Teresa de Habsburgo y gran admirador del Ilustrado rey prusiano), muchas reformas positivas se llevaron a cabo. Los ideales que defendieron y acciones que emprendieron ambos reyes vinieron a consolidar lo que después se conocería con el singular nombre de Era del absolutismo (1648-1815) (Fulbrook, 1995) o del Despotismo ilustrado (Tenbrock, 1968). Sin embargo, fue Federico II quien más éxito tuvo. Debido a sus ideas ilustradas⁷, ganó gran aceptación

⁵ La más importante fue *La guerra de los siete años* (1756-1763).

⁶ Entre los poetas, literatos y filósofos más reconocidos del Clasicismo, Romanticismo e Idealismo alemán, el ideal de unificación fue uno de sus problemas centrales. Respondía, sin duda, a las necesidades más fundamentales de su época, apoyadas en una progresiva conciencia histórica.

⁷ Debido a su inclinación espiritual y buena amistad con Voltaire y demás círculos intelectuales franceses, se llegó a convencer de que "la razón constituye el único canon del pensamiento y de la acción. De tal concep-

entre los alemanes: llegaron a considerarlo incluso como un “héroe nacional” y “precursor en la lucha por la unidad alemana” (Tenbrock, 1968, p. 148).

En la época del despotismo ilustrado grandes avances se lograron para el pueblo alemán en materia jurídica, política, económica y social. Parecía que por fin la razón entraría a gobernar en la vida. No obstante, a diferencia de R. Tenbrock (1968), M. Fulbrook (1995) considera que estos cambios se debieron más a “objetivos económicos, sociales o militares, y políticos más inmediatos” que a ideas propiamente filosóficas (p. 126). Estos dos reyes o emperadores –como también se hacían llamar– alcanzaron, no sin dificultades, instaurar cambios en el pensamiento y estructura misma de sus reinos y pudieron influir en varios de los principados y ciudades del Imperio. La violenta oposición entre nobleza, burguesía y campesinado se vio aplacada considerablemente gracias a las ideas y políticas derivadas de un intento de fundación de un Estado de Derecho (el cual vendría a ofrecer garantías para sus intereses privados). Dicha situación, según Tenbrock (1968), no sólo sirvió como condición previa para la impetuosa emergencia de la cultura intelectual alemana, sino que también proporcionó condiciones favorables para dar lugar, al menos en teoría, a una “unidad política” entre los alemanes (p. 154).

Contexto social e intelectual general

Con las condiciones favorables que trajo para la sociedad el número y tipo de reformas que se llevaron a cabo, máxime en Prusia (Estado protestante y con unas políticas exterior e interior más abierta al diálogo y al progreso económico, político, social y cultural) hubo oportunidades para que la vida académica e intelectual prosperara como nunca antes. Gracias a la apertura económica, cultural e intelectual, pudo llegar a conformarse una nueva “clase” o estamento social: La burguesía ilustrada. Se trataba de un nuevo estrato social ascendente (Herrmann, 1988, p. 122) conformado por profesionales y pequeños empresarios que, debido a los importantes servicios profesionales que ofrecían al gobierno y a la nobleza, lograron ganarse poco a poco un alto grado de reconocimiento público y una considerable capacidad de influencia

ción surge la exigencia teórica de que el soberano quede también vinculado en su modo de actuar a una norma jurídica objetiva” (Tenbrock, 1968, p. 144). Federico mismo llegó a considerarse un servidor más del Estado, hecho que le proporcionó una gran aceptación entre muchos de los pueblos que dominaba y demás que deseaban unírsele cuando vieron crecer su poderío.

en las decisiones del gobierno en materias jurídica, política, económica, social y, sobre todo, en materia educativa. Fue su particular mentalidad o actitud comprometida frente a la crítica situación de la época (hambruna, atraso económico y comercial, fragmentación política y social, productos de los centenarios y déspotas regímenes feudales) la que fue otorgándole tal reconocimiento y poder. Una mentalidad inspirada en las revolucionarias ideas de las Ilustraciones inglesa y francesa, que abogaban por el gobierno de la razón.

Se distinguían, empero, en esta nueva burguesía, dos grupos: la burguesía propietaria y la burguesía culta. Sus nuevas mentalidades consistían fundamentalmente, según Herrmann (1988), en lo siguiente: por el lado de la burguesía propietaria: una “tendencia a la innovación, capacidad organizativa, dominio sobre la mano de obra libre, utilización de la técnica mecanizada, expansión a los mercados extranjeros, cálculo del riesgo empresarial” (p. 122). Sus propuestas e intereses sociales estuvieron puestos en la educación: una “educación para la ‘industriosidad’, para la aplicación (lat. Industria) y la labo-riosidad” (p. 122).

Por el lado de la burguesía culta, surge un nuevo y extraño (entre y para los alemanes) sentimiento de “patriotismo”; esto es, una “conciencia de responsabilidad con la comunidad; utilidad pública y servicialidad; cosmopolitismo y tolerancia; independencia intelectual y crítica de la tradición; en suma, ilustración y formación” (p. 122). Según Herrmann (1988):

Esta burguesía culta constituye la “sociedad ilustrada” en el verdadero sentido del término, es decir, el grupo social de los “patriotas” que tiene presente el bien común, que desea promover la Ilustración y que crea con este fin una opinión y un discurso público sobre los asuntos generales (pp. 122-123).

Fue entonces en el marco de este nuevo estrato social en el que germinaron de manera impetuosa los ideales de la Ilustración (Aufklärung) alemana, los movimientos intelectuales y artísticos como el Sturm und Drang y las tendencias literarias y filosóficas como el Clasicismo, el Romanticismo y el Idealismo alemanes. Los aportes más relevantes de estos movimientos y tendencias tienen que ver con los diversos e intensos esfuerzos de, por un lado, reivindicar la libertad, la voluntad y la autonomía del individuo; y, por otro, reconciliar

opuestos como naturaleza y espíritu, razón y sensibilidad, hombre y divinidad, hombre y mundo, subjetividad y objetividad, teoría y praxis, etc. los cuales, se habían develado y erigido para ellos como los elementos constitutivos y más determinantes de la época y de cuya reconciliación dependía stricto sensu la obtención de un conocimiento objetivo del mundo, y la consolidación de un verdadero Estado o Nación, unido y auténticamente humano. Como herederos directos de las ideas de la Ilustración y animados por las consignas o divisas de la Revolución Francesa (liberté, égalité, fraternité), erigieron como principio y condición de todo progreso la educación (Erziehung) y formación (Bildung) de los individuos, y como ideal regulativo o fin final de toda acción conjunta la instauración del gobierno de la razón mediante la fundación de un verdadero Estado nacional y de derecho. Educación, formación, sociedad, cultura y política fueron los ámbitos y temas fundamentales en y desde los cuales se intentaron esclarecer las vías y condiciones de posibilidad de toda verdadera transformación social y humana. La propuesta educativa y social de Fichte se encuentra inscrita en estas consideraciones.

Recepción de los ideales de la Revolución Francesa

La Revolución Francesa (1789) tuvo un particular impacto en Alemania. Fue vista como un gran acontecimiento histórico entre los intelectuales de la época. Fue el tema de discusión y la fuente de inspiración de las más diversas posturas sociales y humanistas. Sin embargo, distinguieron con claridad entre lo que eran sus ideales o consignas (libertad, igualdad y fraternidad para todos) y los medios por los que pretendía alcanzarse los mismos.

Respecto a los ideales, no dudaron en señalar que se trataba de los verdaderos principios por medio de los cuales podría llegar a alcanzarse una humanidad ideal, una vida digna y un gobierno justo para todos. Se sabe que personajes como Goethe, Schiller y Hegel hacen muy buenas alusiones y hasta fundan las esperanzas de un progreso histórico universal a partir de la naturaleza y las consecuencias mismas de dicho acontecimiento. Pero, también se sabe y cuenta de la profunda decepción que sintieron cuando, por manos de Napoleón y en nombre de dichos principios, fueron cometidos los crímenes y los espectáculos más atroces en Alemania y el resto de Europa⁸. Los alemanes

⁸ Sin embargo, valga decir que Hegel siguió mostrando gran simpatía por Napoleón, puesto que veía en él no un hombre sino la expresión de una fuerza *espiritual* que venía a acabar con toda forma de egoísmo y parti-

se dieron cuenta de que, si bien la instauración de dichos principios resultaba urgente para la época, para acabar con el absolutismo feudal (Marcuse, 1980, p. 10), con la servidumbre, el orden estamental y los privilegios de la nobleza –como en efecto se dio en muchas de las ciudades y Estados conquistados por Napoleón mediante su Código napoleónico, que otorgaba igualdad jurídica para todos los ciudadanos ante la ley y los concebía como ciudadanos libres, algo nunca antes visto en Alemania (Tenbrock, 1968, p. 168) –, no por ello tenía que acudirse a medios tan violentos o adoptar medidas tan represivas contra los mismos alemanes. La influencia que tuvo la Revolución Francesa en los idealistas alemanes dio lugar también a que se denominaran sus filosofías como teorías de esta revolución; pero, como aclara Marcuse (1980):

Esto no significa que Kant, Fichte, Schelling y Hegel ofreciesen una interpretación teórica de la Revolución Francesa, sino que, en gran parte, escribieron su filosofía como respuesta al reto de Francia de reorganizar el Estado y la sociedad sobre una base racional, de modo que las instituciones sociales y políticas concordaran con la libertad y el interés del individuo [...] Las ideas de la Revolución francesa están presentes en el propio núcleo de los sistemas idealistas y determinan en gran medida su estructura conceptual (Marcuse, 1980, p. 9).

En el caso de Fichte, la presencia de estos ideales o principios en su filosofía es evidente; el impacto que tuvieron sobre la sociedad alemana lo motivó incluso a escribir un texto sobre el impacto, percepción y posición de los alemanes frente a la Revolución Francesa⁹. Alemania auguraba entonces un cambio sustancial en su estructura; un nuevo orden de cosas se había anunciado para Europa y para el país con el estallido de dicha revolución. Fichte se contagió de tal entusiasmo y aduló en principio a Francia por tal logro; pero pronto tendría que distinguir muy bien entre quién y de qué manera es que tales ideales humanos tendrían que ser llevados a cabo dadas las desafortunadas contradicciones que estaban por venir.

Disolución del Sacro Imperio Romano Germánico

Si bien la Dieta Imperial de Ratisbona había llevado ya a cabo una Diputación del Imperio en 1803 –consecuencia de la agudización del dualismo

cularidad en Europa y en cada uno de los gobiernos o Estados alemanes más apoderados del momento. Para Hegel la época misma de transformación no empezaba ni terminaba con Napoleón.

⁹ *Beiträge zur Berichtigung der Urtheile des Publikums über die Französische Revolution* (1793).

alemán–, fue sólo hasta 1806, con la victoria de Napoleón en la Batalla de Jena, con la creación de éste de la Confederación del Rin (compuesta por 16 estados alemanes y otras ciudades y reinos importantes) y la consecuente adopción de esta confederación del Código napoleónico, que llegó a declararse de manera oficial la supresión del Sacro Imperio Romano Germánico y, con ello, la rendición de Alemania a Napoleón –quien en el otoño de 1804 se había proclamado ya a sí mismo emperador de Francia y de cada una de las tierras conquistadas en Europa.

Así, el casi milenarismo Imperio no existiría más que en el recuerdo y el sentimiento de nostalgia de quienes (sobre todo nobles y burgueses) si bien reconocían que en términos jurídicos e igualitarios no había sido el mejor, preferían lo poco que tenían con éste, a tener que hacer depender en adelante su existencia y bienestar de un poder extranjero que no inspiraba confianza alguna, a pesar de las muchas promesas que hacía su nuevo Código jurídico. Entre otras cosas, el Código napoleónico prometía:

1. Abolición completa de la servidumbre, del orden estamental y de los privilegios de la nobleza y del clero.
2. Igualdad jurídica de todos los ciudadanos ante la ley.
3. Facilitación de las condiciones para la creación de libre empresa mediante la liberación de la economía y del comercio de las trabas procedentes del feudalismo medieval.
4. Abolición de toda forma de feudalismo
5. Libertad de conciencia
6. Libertad de trabajo (véase Tenbrock, 1968, pp. 167-168; Fulbrook, 1995, pp. 137-138).

Es claro que estos aspectos resultaban muy atractivos para las clases inferiores, incluida la burguesía. A ello se debió el gran apoyo, en principio, de muchos alemanes a las campañas napoleónicas. Sin embargo, ello, hasta el momento en el que las acciones de Napoleón empezaron a ir en contra con dichas promesas y sobre todo con los principios revolucionarios que él mismo proclamaba. La figura de Napoleón tomó un cambio drástico: empezó a verse

ya no como el libertador y verdugo de los regímenes medievales absolutistas, sino como enemigo común del pueblo alemán (v. Tenbrock, 1968, pp. 168-170), puesto que empezó a proceder de la misma manera como lo hacían aquéllos. Fichte, en un escrito de 1807¹⁰, llegó a denominar a Napoleón como el “usurpador” del pueblo alemán. En los Discursos no utilizará tales calificativos ni tampoco se referirá a él con nombre propio¹¹, pero no es difícil adivinar hacia quién está dirigido todo su odio.

Propósitos de los Discursos ante la cuestión alemana

Fue in concreto a partir de la decepción y disgusto generalizado del pueblo alemán ante los invasores franceses y de la necesidad resignada en sí misma de superar tal estado de cosas (servidumbre a los intereses napoleónicos), que Fichte elaboró sus valerosos¹² y persuasivos Discursos, dirigidos exclusivamente a quienes él llamaba alemanes por antonomasia¹³. En ellos, reconocía sin vacilación la desesperanza y el sentimiento de impotencia que envolvía a la nación alemana en su conjunto ante el “dominador extranjero”, dado que eran conscientes de que las posibilidades de dar un giro positivo a las cosas resultaban casi nulas, por tres razones: 1- Casi todos sus ejércitos le habían sido arrebatados y debían ser dispuestos en adelante para el servicio del ejército francés. 2- Las altas sanciones económicas impuestas por Napoleón a quienes le resistieron dejaron a muchos gobiernos sin suficientes recursos para construir y emprender nuevas campañas. 3- La censura o persecución declarada a todo intento de rebelión o promoción de patriotismo llenaron a los teóricos y políticos activistas de un profundo temor. El egoísmo, la indigna resignación (o conformismo) y el temor de los príncipes y habitantes de

¹⁰ *En relación al hombre sin nombre (In Beziehung auf den Namenlosen)*, forma en la que también se refiere Fichte a Napoleón. De este texto hay una traducción que se incluye como apéndice en: Fichte, J. G. (1986) *Reivindicación de la libertad de pensamiento y otros escritos políticos*. Traducción de Faustino Oncina Covas. Madrid: Taurus.

¹¹ Habla en términos de “*poder extraño*”, “*poder extranjero*”, “*mano extranjera*”, “*dominador extranjero*”, etc. Seguramente, para evitarse problemas con el ejército invasor francés, el cual se encontraba siempre vigilante por las calles berlinesas.

¹² El riesgo que corría Fichte con dichos pronunciamientos era someterse a las severas normas de censura e incluso la pena de muerte. Pero no fue Fichte el único intelectual reconocido en exponerse a tales riesgos. Se cuenta también de Schleiermacher, Heinrich von Kleist y Ernst Moritz Arndt. (véase Hans-Christian Lucas, en: Fichte, 1984, p. 35).

¹³ Uno de los primeros puntos que Fichte aclara al inicio de sus *Discursos* es el siguiente: “Que hablo a alemanes por antonomasia de alemanes por antonomasia, no reconociendo, sino desechando totalmente y desdeñando todas las diferencias disgregadoras que ha dado lugar desde hace siglos a acontecimientos nefastos para una nación” (Fichte, 1980, p. 50).

Alemania eran problemas que aquejaban al pueblo alemán; de ellos se ocupó in extenso Fichte en sus Discursos cuando los señala como causas históricas de la desunión y debilidad entre los alemanes. Estos aspectos dan muestra de la dificultad que había para planear y llevar a cabo de manera autónoma y conjunta algunas medidas de solución frente a la crisis. Una renovación total del sistema educativo sería para Fichte la única manera de cortar de raíz el problema, pues no a otras razones más que a las internas atribuye el filósofo las causas de la desgracia nacional.

Los alemanes se encontraban sin fuerzas y eran conscientes de que no debían esperanzarse completa ni ciegamente en las pocas ayudas ofrecidas por las otras potencias; sabían que los intereses de Inglaterra, de lo que aún quedaba del antiguo régimen francés, y de Rusia, no eran muy distintos a los del actual emperador. Sin embargo, algunos estados y ciudades lograron crear pequeñas alianzas con éstas y entre sí mismas con el fin de resistir al régimen tiránico; sin embargo, en vano, pues la situación empeoraba cada vez que Napoleón resultaba vencedor y arremetía en consecuencia contra quienes habían osado traicionarlo.

Era claro que no sería por la fuerza como los alemanes lograrían algo. El pueblo, en su mayoría, consideraba que no tenía más opción que sentarse a observar los acontecimientos y esperar a que fueran otros los que definieran su destino. Pero otros, como Fichte, quien sabía del alto riesgo que implicaba hablar en contra del nuevo emperador, de la alta censura que había contra toda manifestación de patriotismo (véase Heine, 2008, p. 192) y de la temeridad que los absorbía a todos y se atrevió a pronunciar unos Discursos en los que hablaba de la indigna y humillante situación en la que se encontraban los alemanes y de los grandes riesgos que implicaba permanecer pasivos, pero, al mismo tiempo, se esforzaba por demostrar y convencerlos sobre las condiciones internas en favor que poseían (idiosincrasia del alemán, razones históricas), sobre el único medio que les quedaba para transformar por ellos mismos el actual estado de cosas, sobre la forma en que debía desarrollarse tal acción, sobre los actores de la misma y, por último, se esforzaba por convencerlos acerca del compromiso y responsabilidad que cada uno debía asumir sin vacilación en la construcción y ejecución de dicho proyecto, si es

que realmente estaban interesados en liberar a la nación del poder extranjero que tenía amenazada su propia existencia como alemanes.

Fichte es reiterativo en señalar y denunciar el estado de sumisión del pueblo alemán y en advertir sobre las consecuencias que se derivarían de permanecer en tal estado. Hace fuertes afirmaciones como las siguientes: "es una mano extranjera la que dirige y gobierna" (1984, p. 55), "el presente ya no nos pertenece" (p. 209). Y en relación con las consecuencias: "[a]quello que ha perdido su autonomía ha perdido al mismo tiempo la capacidad de influir en el flujo del tiempo y de determinar libremente el contenido del mismo; si persiste en semejante estado, el poder extraño que domina hace que termine su época y él mismo [el país, la nación] con ella" (pp. 49-50).

Los numerosos y recién huérfanos territorios del Sacro Imperio¹⁴ se encontraban en completa vulnerabilidad. Habían perdido gran parte de su autonomía política, militar y económica; a excepción de Austria y Prusia, no estaban ya bajo el seguro amparo (aunque fuera formal) de alguna potencia; entre ellos no existían buenas relaciones, y tanto sus gobernantes (locales) como sus individuos habían pasado a ser servidores ya de intereses ajenos (los de Francia), estaban a punto de dejar de ser alemanes porque, a pesar de la sumisión física, el espíritu (Geist) seglar o incluso milenarista de los alemanes germanos pervivía aún en la mentalidad e idiosincrasia del pueblo: en su lengua, en su literatura, en su religión, en su cultura, en su filosofía y en cada uno de los individuos. Tal espíritu se encontraba en riesgo debido a las políticas represivas de Napoleón, quien, además de intentar establecer el servicio militar obligatorio (esto es, al servicio de Francia), quería unificar su imperio e impuso una sola lengua: el francés. Es por ello que Fichte añade: "No permitamos que junto con nuestro cuerpo al mismo tiempo se doblegue, se someta y se haga prisionero también nuestro espíritu" (1984, p. 222), puesto que sería justamente el espíritu alemán, a los ojos de Fichte, el que los emanciparía de la actual esclavitud. Era el espíritu el impulso (Trieb) y la fuerza (Kraft) espiritual (originaria e histórica) de transformación que se encarnaría y desarrollaría en y por medio de una nueva educación nacional, de una nueva actitud y mentalidad de los alemanes frente a su presente.

¹⁴ Si se recuerda la cita de Marcuse, eran alrededor de trescientos territorios.

Decía Fichte al final de su primer discurso: “Después de todo, el objetivo de estos discursos consiste en proporcionar valor y esperanza a los fracasados, anunciar alegría en la profunda tristeza y superar con facilidad y en paz la hora del aprieto” (1984, p. 61). Ningún propósito ni ningún mensaje resultaban más adecuados ante el estado y sentimiento de devastación del pueblo alemán.

Pero, como ya se dijo, la causa del problema era más profunda. La penosa situación a la que había llegado Alemania no dependía únicamente de la invasión de Napoleón a sus tierras; éste aprovechó (con la astucia que le caracterizó) la agravada desunión política, económica y social de la que ya adolecía hace algún tiempo el Sacro Imperio Romano Germánico que, con el surgimiento del dualismo alemán, vio anunciada su propia muerte.

Ahora bien, teniendo en cuenta tanto los problemas externos (en relación con Francia) como los internos (entre los estados y ciudades alemanas), es la razón por la que Fichte recalca una y otra vez lo siguiente: “tenemos que comprender que la salvación hay que encontrarla no en el [poder extranjero] sino en la unión de los alemanes entre sí” (1984, p. 239); “sólo nosotros mismos somos quienes tenemos que ayudarnos”: no algún “hombre”, ni “ningún Dios”, ni siquiera el azar harían por los alemanes lo que ellos deben hacer por sí mismos (p. 52). Se trata de una exhortación a la autoactividad y a la autodeterminación racional porque hace referencia a algunos de los conceptos fundamentales de sus doctrinas de la ciencia y del derecho natural, cuyos aspectos se encuentran en la base del contenido teórico y programático de sus Discursos.

Hasta aquí se tiene lo siguiente:

- Un panorama amplio que permite entrever algunos de los acontecimientos más importantes, para el caso, en la historia de Alemania y la época específica en la que Fichte pronunció sus discursos. Entre dichos hechos o acontecimientos están: 1. El surgimiento del dualismo alemán. 2. La aparición de la burguesía ilustrada (culto y propietaria). 3. La acogida de los ideales de la Revolución Francesa. 4. La disolución del Sacro Imperio Romano Germánico.

- Pérdida de la autonomía de la nación alemana por manos de Napoleón.
- Las razones por las cuales los alemanes se distanciaron de la imagen que tenían de Napoleón, por las contradicciones o inconsecuencia entre sus promesas y sus acciones y por instaurar un nuevo régimen despótico.
- Pérdida de la autonomía de la nación alemana por manos de Napoleón y riesgo de desaparición como nación.
- Sólo los alemanes podían ayudarse a sí mismos si querían evitar a toda costa perder también lo poco que les quedaba: su lengua, su cultura, su religión, su filosofía y su literatura.

Ahora bien, respecto de la "curiosa" propuesta o revolucionaria tesis de que sólo la educación podía salvar a la nación, se han expuesto hasta ahora los principales acontecimientos y aspectos que determinaron el statu quo de la época de Fichte. Del filósofo alemán se ha señalado su percepción y posición frente a ello. Tales descripciones se han hecho desde otras fuentes históricas. Ahora, se expondrán, de una parte, las causas o razones fundamentales alemanas a las que Fichte atribuye el lamentable desenlace de las cosas y, en segundo lugar, los aspectos, principios, medios y fundamentos a partir de los cuales propone una salida. Se trata de buscar un medio "seguro" y casi "imperceptible" que les permita a los alemanes unirse finalmente y oponerse al poder extranjero (Cf. Fichte, 1980: 49-50), a fin de evitar llegar a "perecer totalmente" (Id, 51), como nación y como alemanes que son. Tal medio no se halla en ninguna parte; no encuentra su fundamentación y esencia en lo exterior sino en lo interior. La posibilidad de mejorar dependerá de volver sobre la propia interioridad del pueblo alemán, para alzarse nuevamente como el Fénix y conquistar su realidad exterior. De tal acción dependerá la extinción o el resurgimiento de la nación.

Estamos vencidos; de nosotros seguirá siempre dependiendo el que, además, seamos también menospreciados y menospreciados con razón, y el que a todas las otras pérdidas añadamos también la del honor. La lucha con las armas se ha terminado; surge, si así lo queremos, la nueva lucha de los principios, de las costumbres y del carácter (Fichte, 1980, p. 243).

Debían encontrarse las causas, fuerzas y razones internas, es decir, aquellas condiciones propias a partir de las cuales, según las consideraciones del

autor, podían los alemanes elevarse por encima de la situación actual y esperar la solución a su crisis mediante una meditada y efectiva renovación y ampliación del sistema educativo nacional. Sólo a partir de la concientización sobre dichas razones o condiciones, que debe hacerse efectiva en la renovación del sistema educativo nacional, podrá esperarse realmente la salvación de la nación alemana. De acuerdo con Llorente (2001), la visión de Fichte sobre la instauración de un orden político sólido para el futuro de Alemania, sólo podría concretarse mediante el sistema de educación nacional (p. 169). Así, la intención está puesta en develar el trasfondo político y social de su propuesta y las seguidas consecuencias de proponer una reforma educativa en la que todos y cada uno de los individuos deben ser partícipes.

Para ello, se expondrán los siguientes aspectos: 1. Aspectos que llevaron a Alemania al estado actual. 2. Los elementos que históricamente han vinculado entre sí a los alemanes, y el nuevo elemento que debería sustituirlos. 3. Sobre la idiosincrasia de los alemanes a lo largo de la historia o el asunto de la Germanidad (Deutschheit). 4. Características de la nueva educación nacional alemana. 5. Los medios que propone Fichte para llevar a buen término su proyecto.

Aspectos fundamentales de los Discursos que llevan a esclarecer la razón de ser de la propuesta fichteana

Causas de desunión

Además de la numerosas y sangrientas batallas que se dieron en suelo alemán por motivos religiosos (luchas entre católicos y sectas protestantes), y las políticas, que siempre estuvieron mediadas por un modelo o criterio extranjero (Fichte, 1980, pp. 238-239) y no por principios e intereses patrióticos, los alemanes han estado la mayor parte del tiempo con un ojo puesto en el extranjero y otro sobre ellos mismos, esto es, anhelando y admirando lo exterior e interesándose sólo por los asuntos propios, particulares y no por los de carácter colectivo. Se trata de un egoísmo que ha primado a lo largo de la historia alemana y que ganó su “máximo desarrollo” (p. 54) en la época actual. “[E]l egoísmo es la raíz de todas las demás depravaciones” tan pronto como existe en los gobernados se extiende a los gobernantes y viceversa (pp. 55-56).

Consiste en una preocupación exclusiva sobre sí mismo sin importar el estado del prójimo ni manifestar ningún interés en fundar y realizar una verdadera común-unidad. El egoísmo ha desencadenado en un estado de aislamiento y dispersión entre los territorios alemanes, replegados sobre sí mismos, no dieron lugar a la consolidación de una fuerza y unidad común que les diera la fuerza para resistir hasta el final. Por ello fueron carnada fácil: "aquí la culpa o inocencia es de todos igual y el calcularla ya no es posible. Al precipitarse el resultado final se puso de manifiesto que los estados alemanes aislados ni siquiera se conocían a sí mismos, no conocían sus fuerzas ni su verdadera situación" (p. 246). El egoísmo fue un mal generalizado del que también se percataron y hablaron con desprecio Schiller y Hegel; no se trata, para ellos y para Fichte, de otra cosa que de un pensamiento particular imposibilitado del todo para algo universal: la filosofía, la ética (Sittlichkeit) y el Estado.

Elementos de vinculación

Ante tal exacerbación del egoísmo, los escasos elementos de vinculación no podrían ser menos interesados y particulares: el miedo y la esperanza (Fichte, 1980, pp. 56-57). El miedo, en el sentido de no querer perder lo poco o mucho que se tiene por manos del enemigo; se trata de unidades parciales en tiempos de crisis o amenazas con el fin de protegerse mutuamente. La esperanza, en el sentido de aspirar a y esperar tiempos mejores pero ante lo cual nadie se compromete. En ambos casos se trata de conservar o mejorar el bienestar individual; tal interés particular atraviesa territorios e individuos de Alemania. La desunión política y social es consecuencia y a la vez condición del arraigamiento de una tal mentalidad.

Por tratarse de una mentalidad es que Fichte propone la educación como un medio idóneo para transformarla. Por medio de ella se propone crear un nuevo vínculo: el amor a la patria¹⁵, que incluye el bienestar individual y colectivo en tanto y en cuanto los individuos sean miembros comprometidos y celosos de una misma común-unidad. "Hay que educar a la mayoría de los ciudadanos en esa mentalidad patriótica, y para estar seguros de ella, la educación tiene que ser intentada en la totalidad" (Fichte, 1980, p. 176). Totalidad quiere decir: a todos, sin excepción (p. 60), "perfecta e íntegramente" (p. 85).

¹⁵ Finalidad de la educación. A este tema dedica el Discurso octavo; pero lo trata también a lo largo de toda la obra.

Teniendo en cuenta lo limitado que resulta para una nación una unificación por medio del miedo y la (vana) esperanza, Fichte, luego de hacer exponer unas cuantas consideraciones positivas respecto al amor como nuevo vínculo, afirma:

Por esta razón nos vemos necesariamente obligados a formar hombres en su interior y desde la base, ya que sólo en el caso de que se den tales hombres podrá subsistir la nación alemana, pues en caso contrario se fundiría necesariamente con el extranjero. En consecuencia, tenemos que fijar en el ánimo de todos aquellos con quienes queramos contar dentro de nuestra nación un tipo de amor que nos lleve directamente y sin más al bien como tal y por sí mismo en lugar de ese egoísmo al que nada bueno puede unirnos por más tiempo. (p. 68)

El asunto de la identidad alemana o de la Germanidad (Deutschheit)

Para convencer a los alemanes sobre algunas de las razones por las que debían sentirse orgullosos, y de cómo, a partir de su idiosincrasia, podrían aspirar a alcanzar por ellos mismos un mejor estado de cosas, dedica Fichte cuatro amplios discursos. Con la intención de resaltar sólo lo importante para el asunto del que aquí se ha querido tratar, se permite anotar sólo los siguientes aspectos:

- Dado que los alemanes: “una estirpe de los germanos”, decidieron, a diferencia de los eslavos y escandinavos, permanecer en su territorio originario y no contaminarse con ninguna otra lengua ni costumbres, son un pueblo más puro y tal pureza está presente en todos y cada uno de sus individuos.
- La lengua originaria (Ursprache) que poseen, única y la misma para todos, guarda en sí toda la historia de su formación y le permite a quienes la hablan acceder directamente a sus contenidos más elevados y espirituales.
- La lengua es el factor común de unidad y entendimiento de un pueblo, quienes tienen una propia y además de eso es viva y originaria, están en la capacidad de aprehender la unidad esencial que existe entre cada palabra y la acción que ella misma describe, entre pensamiento y realidad, de modo tal que logran hacerse de manera directa de su sentido espiritual, de su fuerza vivificante, transfiguradora y liberadora y, en consecuencia, formarse según ella.

- Características singulares del espíritu alemán: “alta religiosidad”¹⁶; preocupación por lo colectivo; entrega y esfuerzo en sus tareas; seriedad en lo que se propone; profundidad; ímpetu; entusiasmo; pensamiento independiente (pp. 129-135); “serios, difíciles y concienzudos” (p. 244).
- “[T]odo lo que en la actualidad es aún honorable entre los alemanes surgió en su seno” (p. 136) Así, por ejemplo, “ha sido el alemán quien ha perfeccionado la formación [Bildung] en todos sus pasos”; quien ha podido desarrollar una “política distinta” (p. 146); quien ha podido basar, como los griegos, la ciudadanía en la educación (p. 147); quien ha desarrollado una “filosofía consciente de sí misma” (p. 153).
- Finalmente, dice Fichte: “Si hasta ahora, a lo largo de nuestro análisis hemos procedido de modo adecuado, de ello tiene que inferirse que sólo el alemán —el hombre originario y no muerto en un estatuto arbitrario— tiene verdaderamente un pueblo y tiene derecho a contar con un pueblo, y que sólo él es capaz del amor verdadero y racional a su nación” (p. 157).

Ahora bien, en lo que respecta al asunto de la *Deutschheit* (Germanidad) y su diferencia de la *Deutschtum* (Germanismo), última de la que Hegel se burló con gracia con la modificación *Deutschdumm* (“germanoestupidez”) (Pinkard, 2002, p. 401), consiste en lo siguiente: para el caso de la *Deutschtum*, se trata de aquellos quienes tenían un “deseo enfermizo de volver al Sacro Imperio y a un cultivo necio de particularismos ‘germanos’ que habían de suplantarse a los elementos más universalistas de la cultura moderna”, (p. 401) trata de quienes, sirviéndose de la necesidad de los alemanes de conservar, definir y destacar su identidad ante los invasores franceses, hacían demagogia de ello con el fin de fundar todo tipo de particularismos semejantes a los del viejo orden medieval alemán. Por ello, Fichte crea un neologismo con el que, en lugar de particularizar su acepción a la pertenencia a una nación determinada, lo que pretende es universalizar su significado trascendiendo toda frontera territorial y política, proponiéndolo como una “actitud espiritual (*Geisteshaltung*)” cuyo interés y sentido responde “[a]l progreso del género humano en la realización de la libertad” (Lucas, en Fichte, 1980, pp. 35-36) y con respecto a lo cual los alemanes, debido a su idiosincrasia, su lengua y su elevada cultura (literatura, religión y filosofía), tenían una responsabilidad ineludible con sus ancestros,

¹⁶ En la época de Fichte la religiosidad se entendía como una disposición especial y esencial del ánimo para elevarse a lo espiritual. No dependía para su realización de la afiliación a una confesión particular sino del ánimo, el esfuerzo y la disciplina de cada individuo de reflexionar acerca de los grandes misterios de la vida, que se creía, podían comprenderse o indagando en la propia interioridad o dedicándose al estudio de las grandes obras de la humanidad.

con la historia de la humanidad y con sus más grandes pensadores (Cf. Fichte, 1984: 266-269). Esta es una razón para contrarrestar a quienes, impulsados por un ánimo distinto al de la comprensión, juzgan ideas o conceptos como estos por fuera de su contexto histórico o del marco argumentativo de la obra, esto es, por fuera del todo mismo, y ven, en el particular, únicamente la expresión de un racismo o un nacionalismo extremo en Fichte¹⁷ y no el sentido esperanzador, emancipador e histórico-programático de sus ideas en relación con su nación y con todo el género humano.

La nueva educación nacional alemana

En los Discursos II, III y X Fichte explica en qué consiste la nueva educación nacional alemana. Como se advirtió en un principio, el interés no residía tanto en explicar en qué consiste dicha educación sino en las razones por las cuales se propone la misma como un medio salvífico para la nación. Se ha indicado ya cuál es el fin de esta educación: formar y consolidar un amor a la patria como nuevo elemento de unificación de los alemanes.

En primer lugar, Fichte critica, de la educación practicada hasta el momento, lo siguiente: es un modelo absolutamente escolástico: forma en el dogmatismo (la mera memorización y repetición) e impone unos criterios morales que en lugar de transformar la voluntad la deja intacta y de esta manera hacen al hombre incompetente para toda reflexión y capacidad de decisión con criterio. Por ello, exige de la nueva: 1. Formarlo en cuerpo, mente y espíritu (Geist). 2. Incentivar la espontaneidad y la libertad en el aprendizaje, a fin de que logre disfrutar del mismo y no haya necesidad de vigilarlo todo el tiempo ni de obligarse a éste. 3. “Formarlo en pura ética” (reine Sittlichkeit) (1980, p. 86), con el propósito de que sea capaz de comprender por sí mismo y en relación con los demás el sentido y valor de los principios morales de la sociedad. 4. Exhortar al individuo a la formación y compromiso en aquellas actividades para las que está capacitado (teóricas o prácticas). 5. “Formarle, es decir, proceder de tal manera que no pueda querer de forma distinta a la que se quiere que él quiera” (p. 67); lo que se quiere es una voluntad convencida que desee el bien por sí mismo y no por los beneficios que pueda traer. 6. “Aniquilar por completo la libertad de la voluntad ya desde la base que ella pretende cultivar y, a cam-

¹⁷ Más elementos para refutar esto se encuentran especialmente en su décimo cuarto discurso.

bio, hacer surgir en la voluntad una necesidad rigurosa de las decisiones y una imposibilidad de lo contrario; a partir de esto se podría contar y confiar en ella con plena seguridad" (p. 66). 7. "En consecuencia, el tipo de educación que yo he propuesto debe consistir en una habilidad segura y sensata a la hora de formar en el hombre una voluntad firme infaliblemente buena" (p. 67).

Así, lo que se propone esta educación, en la que el amor a la patria tiene que regir como "autoridad primerísima" (Fichte, 1980: 163), es formar hombres integrales, críticos, convencidos de sus propios deberes para los suyos y el Estado, que estén en la capacidad de superar el estado de sumisión actual y reivindicar con firmeza y orgullo su germanidad. Ello se logra, en términos causales, debido a los dos aspectos aparentemente contradictorios de la propuesta de Fichte: por un lado, la incentivación de la espontaneidad libre en el aprendizaje del individuo; por otro, la sistematización de la educación que debe lograr determinar la voluntad de cada uno de los individuos sólo para el bien, esto es, para el bien común, el de la patria. La clave está en la exhortación, principio y concepto fundamental de su Doctrina del derecho (1796/1797). Allí afirma: "La exhortación a la espontaneidad libre es lo que se llama educación. Todos los individuos tienen que ser educados para llegar a ser hombres, pues de otra manera no llegarían a serlo" (1994, p. 134). Así, lo que presupone Fichte es una capacidad del hombre para comprender el bien según principios racionales, y en consecuencia, una facultad para regirse según ellos. Por lo que al caso respecta, lo que urge para el individuo de esta sociedad es velar porque su nación no perezca a manos del extranjero; la reivindicación y fortalecimiento de la autonomía de la nación alemana es lo que debe aparecer para el individuo como el supremo bien en el que se reconoce y reconoce a los suyos. El individuo que resulta de esta educación es, como decía Fichte, un individuo incapacitado para cualquier dependencia y el único capaz del amor verdadero y racional a su nación.

Lo que esta educación nacional alemana necesita y busca es:

Que cada uno trabaje con todas sus fuerzas para conseguir esta independencia y autarquía del todo, sin ajustar cuentas con él ni pretender para sí ninguna propiedad. Que cada uno sepa que se debe por completo al todo y, si llegara el caso, que disfrute o padezca por el todo. De esta forma aparece en viva contemplación y se enraiza en su ánimo de manera indestructible la honorable autonomía del Estado

y de la familia en que un día tiene que entrar y la relación que tienen con ellos los miembros aislados (1980, p. 200; v. t. 207).

Medios para su realización

Llorente ha hecho bien en resaltar lo siguiente: “To be sure, whether viewed solely as a proposal for educational reform or as a model for social organization, the system of national education is not without its democratic moment” (2001, p. 170). Es cierto que Fichte ha dirigido en principio sus Discursos a la clase culta alemana, pero no porque estuviera excluyendo a las demás personas, el término alemán hace referencia a todo aquel que pueda comprender las razones de la situación denigrante de la nación y sea capaz de asumir un compromiso firme con su transformación. El que lo haya dirigido a ellos se debe sobre todo a cuestiones estratégicas, puesto que, según pudo verse, la gran influencia que la burguesía ilustrada tenía en materia política y administrativa, daba lugar a mayores posibilidades de hacer efectiva la propuesta.

No obstante, basta revisar el último Discurso de Fichte para darse una cuenta de quiénes son las personas a las que compete tal labor: todos. En este Discurso Fichte se da a la tarea de persuadir a cada uno de los sectores sociales y de los tipos de ciudadanos (según su edad o profesión) para motivarlos a la acción comprometida y conjunta. Entre ellos están: “jóvenes”, “ancianos y experimentados”, “hombres de negocios”, “pensadores, sabios y escritores”, “príncipes de Alemania” y “descendientes nuestros que todavía no habéis nacido”.

La tarea ha sido menos fácil en el undécimo discurso, puesto que allí ha debido exponer las razones por las cuales un Estado, e incluso particulares (p. 214) dueños de empresas, deberían contribuir con la financiación del proyecto de la nueva educación nacional alemana. Básicamente ha debido exponerlo en términos políticos y económicos, de la siguiente manera:

Respecto al servicio del individuo al Estado:

Cada individuo estará perfectamente entrenado para cualquier posible utilización de su fuerza corporal y soportar todo tipo de esfuerzo y fatiga; su espíritu formado en la intuición directa le asistirá siempre; en su ánimo vivirá el amor al todo del cual es

miembro, al Estado y a la patria, amor que anulará cualquier otro sentimiento egoísta. El Estado podrá llamarlos y ponerlos en pie de guerra siempre que quiera y puede estar seguro de que ningún enemigo los derrotará (1980, p. 208).

Respecto a la economía:

Mediante nuestra educación, el Estado recibe una población trabajadora acostumbrada a reflexionar desde su juventud sobre sus asuntos y que tiene capacidad e inclinación para valerse por sí misma y si, además, el Estado sabe ayudarles de forma conveniente, le entenderán a la más mínima insinuación y aceptarán agradecidos su enseñanza. Todos los sectores de la economía alcanzarán en corto espacio de tiempo y sin esfuerzo una prosperidad como jamás se ha visto antes, de tal manera que si el Estado se pusiera a calcular y procurase conocer el verdadero valor de las cosas, advertiría que ese desembolso inicial le habría proporcionado crecidos intereses.

Nos elaborarán nuestra Constitución, nos indicarán nuestras alianzas y el empleo de nuestros ejércitos, nos prestarán un código y unos tribunales, e incluso se nos llegará a privar del derecho de ejercer la Justicia; en un futuro próximo no tendremos que preocuparnos por estas cosas (1980, p. 209).

No es extraña la estratagema retórica de Fichte al poner de manifiesto asuntos que ya, de algún grado y en algunas ciudades, se venían dando en Alemania. Su intención más que de advertir, era de concientizar de todas las consecuencias que se derivan de la pérdida total de la autonomía del Estado. Seguramente, quería despertar a aquellos que se aferraban a la vana esperanza de que el destino actuara en su favor.

Por ello, advierte:

En lo que no se ha pensado ha sido en la educación nacional; si buscamos una tarea en qué ocuparnos, ¡emprendamos ésta! Es de esperar que nadie nos molestará.¹⁸ Tengo la esperanza –quizá me equivoque, pero, dado que sólo en esta esperanza puedo vivir, no puedo por eso dejar de esperar–. Tengo la esperanza, digo, de poder convencer a algunos alemanes y hacerles comprender que únicamente la educación puede salvarnos de los males que nos oprimen (p. 209).

¹⁸ Por la convicción que tenía Fichte de que tal acción sería imperceptible, de que no levantaría sospechas puesto que, supone él, se burlarían “*de que alguien espere tan grandes cosas de la educación*” (Fichte, 1984, p. 209).

Y añade: sólo la educación podrá hacer “surgir ante nosotros mismos aquello que borrará de nuestra memoria la vergüenza causada ante nuestros propios ojos al nombre alemán” (p. 210); de que “solamente la educación puede salvarnos de la barbarie y el salvajismo que de forma persistente nos amenazan” (p. 211).

Conclusión

La sentencia de Fichte: sólo la educación puede salvar a la Nación, obedece más a razones materiales e históricas que ideológicas. Más que una propuesta educativa, es una propuesta política; más que un esfuerzo e impulso teórico, tiene causas y fines prácticos. Aunque responde a una necesidad específica: evitar a toda costa la disolución de la nación alemana por causa de la casi absoluta subordinación por parte de un poder extranjero; tanto sus principios como sus fines trascienden lo circunstancial mediante el establecimiento de un deber superior a alcanzar: el mejoramiento o progreso del género humano. No obstante, se esfuerza el filósofo por mantener la vista en su presente: sólo quienes se sobreponen al temor -por medio de una conciencia sobre la indignidad que hay en el sometimiento y en la falta de autonomía, así como sobre las potencialidades y posibilidades internas que han de fundar y orientar cada uno de los esfuerzos y de las acciones individuales y conjuntas- y se apropien de la causa común, dispuestos a sacrificar cuanto sea necesario para ello, pueden otorgarse el título de ser verdaderos libertadores de la nación, de honrar realmente a su pueblo, a su sangre y a la humanidad que hay en ellos.

El potencial transformador de la educación, a pesar de su muy específica pero loable divisa: amor racional a la patria, forma en el pensamiento crítico y el actuar ético de los individuos en y para la sociedad. Su principio y fin no es el de la ciega obediencia y la erudición, sino el desarrollo pleno de las facultades mediante una formación integral (en lo cognitivo, lo físico, lo moral y lo estético) y para la autonomía. Su carácter ideal, que expresa aún la desiderata de las teorías pedagógicas modernas y contemporáneas, le otorga en el presente, tanto en su aspecto teórico como práctico, tanto en lo social como en lo político, la vigencia o el valor y la necesidad de los que no debiera prescindir: imperativo y tarea para toda una nación y época.

Referencias

- Artigas, J. (1995). El tema de la educación en Fichte: Revista de estudios políticos, (82), 97-130. Recuperado de <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2128863>
- Fichte, J. G. (1986). Reivindicación de la libertad de pensamiento y otros escritos políticos. Estudio preliminar y traducción de Faustino Oncina Coves. Madrid: Tecnos.
- (1984). Discursos a la nación alemana. Traducción A. Acosta y María Jesús Varela. Buenos Aires: Orbis
- (1881). Reden an die deutsche nation. Langensalza: Verlag von Herrmann Verer und Söhne.
- (1994). Fundamento del derecho natural según los principios de la doctrina de la ciencia. Traducción de José Luis Villacañas, Manuel Ramos y Faustino Oncina. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Fulbrook, M. (1995). Historia de Alemania. Traducción de Beatriz García Ríos. Cambridge University Press.
- Heine, H. (2008). Sobre la historia de la religión y la filosofía en Alemania. Versión de Juan Carlos Velasco. Madrid: Alianza.
- Llorente, R. (junho de 2001). Pedagogy and Paternalism in Fichte's Addresses to the German Nation. Veritas: revista de Filosofía, 46 (2), 165-185.
- López T., G. (Julio - Diciembre de 2008). La educación como labor mesiánica, según el filósofo alemán, Juan Teófilo Fichte. Revista Educación y Desarrollo Social, 2 (2), 143 – 155. Recuperado <http://www.umng.edu.co/www/resources/Vol2No2Art10.pdf>
- Lucas, H-Ch. (1984). Introducción a: Fichte, J. G. Discursos a la nación alemana. Traducción A. Acosta & María Jesús Varela. Buenos Aires: Orbis.

- Pinkard, T. (2002). Hegel, una biografía. Traducción de Carmen García-Trevijano Forte. Madrid: Acento.
- Tenbrock, R. (1968). Historia de Alemania. Traducción de Francisco Eguiagaray Bohigas. München: Max Hueber.
- Ulrich, H. (1988). Educación y formación durante la Ilustración en Alemania. Revista de Educación, Extra 1, 119-132. Recuperado de <http://www.doredin.mec.es/documentos/00820073003459.pdf>.